

y mandó que ninguno saliese fuera, por necesidad que tuviese, sin expresa licencia suya, so pena de muerte. Los criados del señor y oficiales del regimiento proveyeron largamente de cena y camas á su usanza.

Lo que dijo á Cortés el señor de Cemporal.

Otro día por la mañana vino el señor á ver á Cortés con una honrada compañía, y trájole muchas mantas de algodón que ellos visten y añudan al hombro, como las que cubren y traen las gitanas, y ciertas joyas de oro que podían valer dos mil ducados. Díjole que descansase y tomase placer él y los suyos, que por eso no quería darle pesadumbre ni hablalle en negocios; y así, se despidió entonces como había hecho el día de antes, diciendo que pidiesen lo que hubiesen menester ó quisiesen. Como él se fué, entraron con mucha comida guisada mas indios que españoles eran, y con grande abundancia de frutas y ramilletes; y así, desta manera estuvieron allí quince días, proveídos abundantísimamente. Otro día envió Cortés al señor algunas ropas y vestidos de España, y muchas cosillas de rescate, y á rogarle que le dejase ir á su casa á le ver y hablar allá, pues era mala crianza sufrir que su merced viniese, y él que no le fuese á visitar. Respondió que le placía y que holgaba dello, y con esto tomó hasta cincuenta españoles con sus armas que le acompañasen, y dejando los demás en el patio y aposento con un capitán, y apercebidos muy bien, se fué á palacio. El señor salió á la calle, y entráronse en una sala baja; que allí, como tierra calorosa, no fabrican en alto, mas de que por sanidad levantan á tierra llena y maciza el suelo obra de un estado, á do suben por escalones, y sobre aquello arman la casa é cimientan las paredes, que ó son de piedra ó adobes, pero lucidas de yeso ó con cal, y la cubierta es de paja ó hoja tan bien y extrañamente puesta, que hermosea, y defiende las lluvias como si fuese teja. Sentáronse en unos banquillos como tajoncillos, labrados y hechos de una pieza piés y todo. El señor mandó á los suyos que se desviasen ó se fuesen, y luego comenzaron á hablar de negocios por intérpretes, y estuvieron muy gran rato en demandas y respuestas, porque Cortés deseaba mucho informarse muy bien de las cosas de aquella tierra y de aquel gran rey Moteczuma, y el señor no era nada necio, aunque gordo, en demandar puntos y preguntas. La suma del razonamiento de Cortés fué darle cuenta y razon de su venida, y de quién y á qué le enviaba, segun y como la había dado en Tabasco y á Teudilli y á otros. Aquel cacique, después de haber oído con atención á Cortés, comenzó muy de raíz una luenga plática, diciendo cómo sus antepasados habían vivido en gran quietud, paz y libertad; mas que de algunos años acá estaba aquel su pueblo y tierra tiranizado y perdido, porque los señores de Méjico, Tenochtulan, con su gente de Culúa, habían usurpado, no solamente aquella ciudad, pero aun toda la tierra, por fuerza de armas, sin que nadie se lo hubiese podido estorbar ni defender, mayormente que á los principios entraban por via de religion, con la cual juntaban después las armas; y así, se apoderaban de todo antes que se catasen dello; y agora, que han caído en tan gran error, no pueden prevalescér contra ellos ni des-

echar el yugo de su servidumbre y tiranía, por mas que lo han intentado tomando armas; antes cuanto mas las toman, tanto mayores daños les vienen, porque á los que se les ofrescen y dan, con ponerles cierto tributo y pecho, ó reconociéndolos por señores con algunas parias, los reciben y ampáranlos, tienen como amigos y aliados; mas empero si les contradicen ó resisten y toman armas contra ellos, ó se revelan después de una vez sujetos y entregados, castíganlos terriblemente, matando muchos, y comiéndoselos después de haberlos sacrificado á sus dioses de la guerra Tezcatlipuca y Vicitlopuchtlí, y sirviéndose de los demás que quieren por esclavos, haciendo trabajar al padre y al hijo y á la mujer, desde que el sol sale hasta que se pone; y sin esto, les toman y tienen por suyo todo lo que á la sazón poseen; y aun allende de todos estos vituperios y males, les enviaban á casa los alguaciles y recaudadores, y les llevaban lo que hallaban, sin haber misericordia ni compasión de dejarlos morir de hambre; siendo pues, dijo, desta manera tratados de Moteczuma, que hoy reina en Méjico, ¿quién no holgará ser vasallo, cuanto mas amigo, de tan bueno y justo príncipe, como le decían que era el Emperador, siquiera por salir destas vejaciones, robos, agravios y fuerzas de cada día, aunque no fuese por recibir ni gozar otras mercedes y beneficios, que un tan gran señor querrá y podrá hacer? Paró aquí, enterneciéndosele los ojos y corazón, mas tornando en sí, encaresció la fortaleza y asiento de Méjico sobre agua, y engrandesció las riquezas, corte, grandeza, huestes y poderío de Moteczuma. Dijo asimismo como Tlaxcallan, Huexocinco y otras provincias por allí, con mas la serranía de los totouaques, eran de opinion contraria á mejicanos, y tenían ya alguna noticia de lo que había pasado en Tabasco; que si Cortés quería, que trataría con ellos una liga de todos que no bastase Moteczuma contra ella. Cortés, holgándose con lo que oyera, que hacía mucho á su propósito, dijo que le pesaba de aquel ruin tratamiento que se le hacía en sus tierras y súbditos, mas que tuviese por cierto que él se lo quitaría y aun se lo vengaría, porque no venía sino á deshacer agravios y favorecer los presos, ayudar á los mezquinos y quitar tiranías, y fuera desto, él y los suyos habían recibido en su casa tan buen recogimiento y obras, que quedaba en obligacion de hacerle todo placer y espaldas contra sus enemigos, y lo mismo haría con aquellos sus amigos; y que les dijese aquello á que venía, y que por ser de su parcialidad sería su amigo y les ayudaría en lo que mandasen. Despidióse con tanto Cortés, diciendo que había muchos días estado allí, y tenía necesidad de ver la otra su gente y navíos que le aguardaban en Aquiahuiztlan, donde pensaba tomar asiento por algun tiempo, y donde se podrían comunicar. El señor de Cempoallan dijo que si quería estar allí, mucho en buen hora, y si no, que cerca estaban los navíos para tratar sin mucho trabajo ni tiempo lo que acordasen. Hizo llamar ocho doncellas muy bien vestidas á su manera y que parecían moriscas, una de las cuales traía mejores ropas de algodón y mas labradas, y algunas piezas y joyas de oro encima; y dijo que todas aquellas mujeres eran ricas y nobles, y que la del oro era señora de vasallos y sobrina suya; la cual dió á

Cortés, con las demás, para que la tomase por mujer, y las diese á los caballeros de su compañía que mandase, en prenda de amor y amistad perpetua y verdadera. Cortés recibió el don con mucho contentamiento, por no enojarse al dador; y así, se partió, y con él aquellas mujeres en andas de hombres, con muchas otras que las sirviesen, y otros muchos indios que le acompañasen á él y le guiasen hasta la mar, y le proveyesen de lo necesario.

Lo que vino á Cortés en Chiauiztlan.

El día que partieron de Cempoallan llegaron á Aquiahuiztlan, y aun no eran los navíos llegados, de que mucho se maravilló Cortés, por haber tardado tanto tiempo en tan poco camino. Estaba un lugar á tiro de arcabuz ó poco mas del peñon en un repecho que se llamaba Chiauiztlan; y como Cortés estaba ocioso, fué allá con los suyos en órden y con los de Cempoallan, que le dijeron que era de un señor de los oprimidos de Moteczuma. Llegó al pié del cerro sin ver hombre del pueblo, sino dos, que no los entendió Marina. Comenzaron á subir por aquella cuesta arriba, y los de caballo quiséranse apearse, porque la subida era muy agria y áspera; Cortés les mandó que no, porque los indios no sintiesen que había ni podía haber lugar, por alto y malo que fuese, donde el caballo no subiese; mas subieron poco á poco y llegaron hasta las casas, y como no vieron á nadie, temían algun engaño; mas por no mostrar flaqueza entraron por el pueblo, hasta que toparon una docena de hombres honrados que traían un faraute que sabía la lengua de Culúa y la de allí, que es la que se usa y habla en toda aquella serranía, que llaman Totouac; los cuales dijeron que gente de tal forma como los españoles, ellos no habían visto jamás, ni oído que hubiesen venido por aquellas partes, y que por esto se escondían; pero que como el señor de Cempoallan les había hecho saber quién eran, y certificado ser gente pacífica, buena, y no dañosa, se habían asegurado y perdido el miedo que cobraran viéndolos ir hácia su pueblo; y así, venían á recibirlos de parte de su señor y á guiarlos adonde habían de ser aposentados. Cortés los siguió hasta una plaza donde estaba el señor del lugar muy acompañado; el cual hizo gran muestra de placer en ver aquellos extranjeros con tan luengas barbas. Tomó un brasero de barro con ascuas, echó una cierta resina que parece ánimo blanco y que huele á incienso, y saludó á Cortés incensando, que es cerimonia que usan con los señores y con los dioses. Cortés y aquel señor se sentaron debajo unos portales de aquella plaza, y entre tanto que aposentaban la gente, le dió cuenta Cortés de su venida en aquella tierra, como hizo á todos los demás por donde había pasado. El señor le dijo casi lo mismo que el de Cempoallan, y aun con harto temor de Moteczuma, no se enojase por le haber recibido y hospedado sin su licencia y mandado. Estando en esto, asomaron veinte hombres por la otra parte frontera de la plaza, con unas varas en las manos, como alguaciles, gordas y cortas, y con sendos moscadores grandes de pluma. El señor y los otros suyos temblaban de miedo en verlos. Cortés preguntó que por qué, y dijéronle que porque venían aquellos recaudadores de las

rentas de Moteczuma, y temían que dijese cómo habían hallado allí aquellos españoles, y que fuesen castigados por ello y maltratados. Cortés les esforzó, diciendo que Moteczuma era su amigo, y haría con él que no les dijese ni hiciese mal ninguno por aquello, y aun que holgaría que le hubiesen recibido en su tierra; donde no, que él los defendería, porque cada uno de los que consigo traía, bastaba para pelear con mil de Méjico, como ya muy bien sabía el mismo Moteczuma por la guerra de Potonchan. No se aseguraban nada el señor ni los suyos por lo que Cortés les decía; antes se quería levantar para recibir y aposentarlos: tanto era el miedo que á Moteczuma tenían. Cortés detuvo al señor, y díjole: «Porque veais lo que podemos yo y los míos, mandad á los vuestros que prendan y tengan á buen recaudo aquellos cogedores de Méjico; que yo estaré aquí con vos, y no bastará Moteczuma á os enojarse, ni aun él querrá, por mi respecto.» Con el ánimo que destas palabras cobró, hizo prender aquellos mejicanos, y porque se defendían les dieron buenos palos. Pusieron á cada uno por sí en prision en un pié de-amigo, que es un palo largo en que les atan los piés al un cabo y la garganta al otro y las manos en medio, y han por fuerza de estar tendidos en el suelo. Como los tuvieron atados, preguntaron si los matarían; Cortés les rogó que no, sino que los tuviesen así y los velasen no se les fuesen. Ellos los metieron en una sala del aposento de los nuestros, en medio de la cual encendieron un gran fuego, y pusieronlos á la redonda dél con muchas guardas. Cortés puso ciertos españoles tambien por guardia á la puerta de la sala, y fué á cenar á su aposento, donde tuvo harto para sí y para todos los suyos de lo que el señor les envió.

Mensajería de Cortés á Moteczuma.

Cuando le pareció tiempo que ya reposaban los indios, por ser muy noche, envió á decir á los españoles que guardaban los presos que procurasen de soltar un par dellos, sin que las otras guardas lo sintiesen, y se los trujesen. Los españoles se dieron tal maña, que, sin ser sentidos, cortaron las cuerdas, que eran cierta suerte de mimbres, y soltaron dos dellos, y los trujeron á la cámara do Cortés estaba; el cual hizo como que no los conocía, y preguntóles con Aguilar y Marina que le dijese quié eran, qué querían, y por qué estaban presos. Ellos dijeron que eran vasallos de Moteczumacin, y que tenían cargo de cobrar ciertos tributos que los de aquel pueblo y provincia pagaban á su señor, y que no sabían la causa por que los habían prendido y maltratado; antes se maravillaban de ver aquella novedad y desatino, porque los salían otras veces á recibir al camino con no poco acatamiento, y hacer todo servicio y placer; mas que creían que por estar él allí con los otros compañeros, que diz que son inmortales, se les habían atrevido aquellos serranos, y aun que temían no matasen á los que presos quedaban, segun eran aquellos de allí bárbara gente, antes que Moteczuma lo supiese; contra el cual holgarían de rebelarse, por darle costa y enojo, si hallasen aparejo; que otras veces lo solían hacer. Por tanto, que le suplicaban hiciese cómo ellos y los otros sus compañeros no mu-

riesen ni quedasen en manos de aquellos sus enemigos; que recibiría Moteczuma, su señor, mucho pesar si aquellos sus criados viejos y honrados padescian mal por servirle bien. Cortés les dijo que le pesaba mucho que el señor Moteczuma fuese deservido, siendo su amigo, donde él estaba, ni sus criados maltratados; que había de mirar por ellos como por los suyos; pero que diesen gracias á Dios del cielo, y á él, que los mandó soltar en gracia y amistad de Moteczuma, para los despachar luego á Méjico con cierto recado. Por eso, que comiesen y se esforzasen á caminar, encomendándose á sus piés; no los cogiesen otra vez, que sería peor que la pasada. Ellós comieron presto, que no se les cocia el pan, por irse de allí. Cortés los despidió luego, y los hizo sacar del pueblo por do ellos guiaron, y darles algo que llevasen de comer; y les encargó, por la libertad y buena obra que dél habían recibido, que dijese á Moteczuma, su señor, cómo él lo tenía por amigo y deseaba hacerle todo servicio, después que oyó su fama, bondad y poder; y que había holgado hallarse allí á tal tiempo, para mostrar esta voluntad, soltándolos á ellos, y pugnando por guardar y conservar la honra y autoridad de tan gran príncipe como él era, y por favorecer y amparar los suyos, y mirar por todas sus cosas como por las propias; y que aunque su alteza no arrostraba á su amistad ni á la de los españoles, según lo mostró Teudilli, dejándole sin decir adios, y ausentándole la gente de la costa de sus tierras, no dejaría él de servirle siempre que hobiesen ocasion, y procurar por todas las vías á él posibles y manifiestas, su gracia, su favor y amistad; y que bien creído tenía, pues no había razon para ello, sino antes toda buena obra y señal de amor de una parte á otra, que su alteza no huía ni rehusaba la amistad, ni mandaba que nadie de los suyos le viese ni hablase, ni proveyese por sus dineros de lo que necesario era á la sustentacion de la vida, sino que sus vasallos lo hacian pensando servirle; mas que por acertar, erraban, no conociendo que Dios los venia á ver en topar con criados del Emperador, de quien podian él y ellos todos recibir beneficios grandísimos y saber secretos y cosas santísimas; y que si por él quedaba, que fuese á su culpa; pero que confiaba en su prudencia que, mirándolo bien, holgaría de verle y hablarle y de ser amigo y hermano del rey de España, en cuyo felicísimo nombre eran allí venidos él y los otros sus compañeros; y en cuanto á sus criados que quedaban presos, que él ternia tal forma, que no peligrasen; y así, prometía de los librar y libertar, por solo su servicio, y que luego lo hiciera, como á los dos que enviaba con este mensaje, sino por no enojar á los de aquel lugar, que le habían hospedado y hecho mucha cortesía y todo buen tratamiento, y no pareciese que se lo pagaba ni agradecia mal en irles á la mano en cosa que hacian en su casa. Los mejicanos se fueron muy alegres, y prometieron de hacer lealmente lo que les mandaba.

Rebelion y liga contra Moteczuma por industria de Cortés.

Cuando otro dia amaneció y echaron menos los dos presos, riñó el señor á las guardas, y quiso matar los que guardaban; sino que con el rumor que hobo, y con estar esperando qué dirian ó harian los del pueblo, sa-

lió Cortés, y rogó que no los matasen, pues eran mandados de su señor, y personas públicas, que según derecho natural, ni merecian pena ni tenian culpa de lo que hacian sirviendo á su rey; mas, porque no se les fuesen aquellos, como habían hecho los otros, que se les confiasen y entregasen á él, y á su cargo si se le soltasen. Diéronselos, y enviólos á las naos amenazándolos y diciendo que les echasen cadenas. Tras esto juntáronse á consejo con el señor, ciscados todos de miedo, y platicaron lo que harian sobre aquel caso, pues estaba cierto que los huidos habían de decir en Méjico la afrenta y mal tratamiento que les fuera hecho. Unos decian que era bien y cumplidero á todos enviar el pecho á Moteczuma y otros dones, con embajadores, para aplacalle la ira y enojo, y á disculparse, culpando los españoles, que los mandaron prender, y suplicarle les perdonase aquel yerro y dislate que habían hecho, como locos y atrevidos, en desacato de la majestad mejicana. Otros decian que muy mejor era desechar el yugo que tenían de esclavos, y no reconocer mas á los de Méjico, que eran malos y tiranos, pues tenían en su favor aquellos medio dioses y invencibles caballeros españoles, y ternian otros muchos vecinos que les ayudarían. Resolviéronse á la postre que se rebelasen y no perdiesen aquella ocasion, y rogaron á Fernando Cortés que lo tuviese por bien, y que fuese su capitán y defensor, pues por él se habían puesto en aquello; que, ó enviase Moteczuma ó no ejército sobre ellos, estaban ya determinados romper con él y hacelle guerra. Dios sabe cuánto Cortés se holgaba con aquellas cosas; ca le parecía que por allí iban allá. Respondióles que mirasen muy bien lo que hacian, que Moteczuma, á lo que tenía entendido, era poderosísimo rey; mas que si así lo querian, que él los capitanearía y defendería seguramente; que mas quería su amistad que la del otro, que le despreciaba; pero que con todo eso quería saber qué tanta gente podrian juntar. Ellos dijeron que cien mil hombres entre toda la liga que se haría. Cortés entonces dijo que enviase luego á todos los de su parcialidad y enemigos de Moteczuma á los avisar y aperebir de aquello, y á certificarles de la ayuda que tenían de los españoles. No porque él tuviese necesidad dellos ni de sus huestes, que él solo con los suyos bastaba para todos los de Culúa, y aunque fuesen otros tantos, sino porque estuviesen á recado y sobre aviso, no recibiesen daño si por caso Moteczuma enviase ejército sobre algunas tierras de los confederados, tomándolos á sobresalto y descuido; y porque tambien si tuviesen necesidad de socorro y gente de aquella suya que los defendiese, se la enviase con tiempo. Con esta esperanza y ánimo que Cortés les ponía, y con ser ellos de suyo orgullosos y no bien considerados, despacharon luego sus mensajeros por todos aquellos pueblos que les parecían, á les hacer saber lo que tenían acordado, poniendo los españoles encima las nubes. Por aquellos ruegos y medios se rebelaron muchos lugares y señores y aquella serranía entera, y no dejaron cogedor de Méjico en parte ninguna de todo aquello, publicando guerra abierta contra Moteczuma. Quiso Cortés revolver á estos, para ganar las voluntades á todos y aun las tierras, viendo que de otra guisa mal podia. Hizo prender los

alguaciles, soltólos; conragióse de nuevo con Moteczuma; alteró aquel pueblo y la comarca; ofrescióseles á la defensa, y dejó los rebelados para que tuviesen necesidad dél.

Fundacion de la villa rica de la Veracruz.

A esta sazón estaban ya los navíos detrás del peñol; fué á verlos Cortés, y llevó muchos indios de aquel pueblo rebelado y de otros allí cerca, y los que traía consigo de Cempoallan, con los cuales se cortó mucha rama y madera, y se trajo, con alguna piedra, para hacer casas en el lugar que trazó; á quien llamó la villa rica de la Veracruz, como habían acordado cuando se nombró el cabildo de Sant Juan de Ulúa. Repartiéronse los solares á los vecinos y regimiento, y señaláronse la iglesia, la plaza, las casas de cabildo, cárcel, atarazanas, descargadero, carnicería, y otros lugares públicos y necesarios al buen gobierno y policía de la villa. Trazóse asimesmo una fortaleza sobre el puerto, en sitio que pareció conviniente, y comenzóse luego ella y los demás edificios á labrar de papiería, que es la tierra de allí buena para ello. Estando muy metidos en fabricar, vinieron de Méjico dos mancebos, sobrinos de Moteczuma, con cuatro hombres ancianos, bien tratados, por consejeros, y muchos otros por criados y para servicio de sus personas. Llegaron á Cortés como embajadores, y presentáronle mucha ropa de algodón, bien llena y tejida, y algunos plumajes gentiles y extrañamente obrados, y ciertas piezas de oro y plata bien labradas, y un casquete de oro menudo sin fundir, sino en grano, como lo sacan de la tierra. Pesó todo esto dos mil y noventa castellanos, y dijéronle que Moteczuma, su señor, le enviaba el oro de aquel casco para su dolencia, y que le hiciese saber della. Diéronle las gracias de haber soltado aquellos dos criados de su casa, y defendido que no matasen á los otros; que fuese cierto que lo mismo haría él en cosas suyas, y que le rogaba hiciese soltar los que aun estaban presos, y que perdonaba el castigo de aquel desacato y atrevimiento, porque le quería bien, y por los servicios y acogimiento bueno que le habían hecho en su casa y pueblo; pero que ellos eran tales, que presto harian otro exceso y delito, por donde lo pagasen todo junto, como el perro los palos. En cuanto á lo demás, dijeron que como estaba malo, y ocupado en otras guerras y negocios importantes, no podia declararse al presente dónde ó cómo se viesen; mas que andando el tiempo no faltaria manera. Cortés los recibió muy alegremente, y los aposentó lo mejor que pudo, ribera del rio, en chozas y en unas tendezuelas de campo, y envió luego á llamar al señor de aquel pueblo rebelado, dicho Chiauiztlan. Vino, y díjole cuanta verdad le había tratado, y cómo Moteczuma no osaría enviar ejército ni hacer enojo donde él estuviese. Por tanto, que él y todos los confederados podian de allí adelante quedar libres y exentos de la servidumbre mejicana, y no acudir con los tributos que solian; mas que le rogaba no le tuviese á malo si soltaba los presos y los daba á los embajadores. El le respondió que hiciese á su voluntad, que, pues della colgaban, no excederian un punto de lo que mandase. Bien podia Cortés tener estos tratos entre gente que

HA.

no entendía por dó iba el hilo de la trama. Tornóse aquel señor á su pueblo, y los embajadores á Méjico, y todos muy contentos; porque él desparció luego aquellas nuevas y el miedo que Moteczuma tenía á los españoles, por toda la sierra de los Totonaqués, y hizo tomar armas á todos, y quitar á Méjico los tributos y obediencia; y ellos tomaron sus presos y muchas cosas que les dió Cortés, de lino, lana, cuero, vidrio y fierro; y fuéronse maravillados de ver los españoles y todas sus cosas.

Cómo tomó Cortés á Tizapancinca por fuerza.

No mucho después que pasó todo esto, enviaron los de Cempoallan á pedir á Cortés españoles y ayuda para contra la gente de guarnicion de Culúa, que tenía Moteczuma en Tizapancinca, que les hacia muchos daños, quemas y talas en sus tierras y labranzas, prendiendo y matando los que las labraban. Confinó Tizapancinca con los Totonaqués y con tierras de Cempoallan, y es en un buen lugar y fuerte; ca tiene su asiento á par de un rio, y la fortaleza en un peñasco alto; y por ser así fuerte, y estar entre aquellos que á cada paso se le rebelaban, tenía Moteczuma puesta allí gran copia de hombres de guarnicion; los cuales, como vieron revueltos y con armas á los rebeldes, y que se les venian á guarecer allí huyendo, los recaudadores y tesoreros de aquellas comarcas, salian á remediar la rebelion, y en castigo, quemaban y destruian cuanto hallaban, y aun habían prendido muchas personas. Cortés fué á Cempoallan, y de allí en dos jornadas, con un gran ejército de aquellos sus indios amigos, á Tizapancinca, que estaba ocho leguas ó mas de la ciudad. Salieron al campo los de Culúa, pensando de lo haber con solos los cempoallaneses; mas como vieron los de á caballo y á los barbudos, pasmaron y echaron á huir á mas correr. Estaba cerca la guarida, y acogióronse presto; quisieron meterse en la fortaleza, mas no pudieron tan áína, que los de caballo no llegasen con ellos hasta el lugar; y como no podian subir al peñasco, apeáronse Cortés y otros cuatro, y entráronse dentro la fuerza á revueltas de los del pueblo, sin contraíte. Entrados, tuvieron la puerta, hasta que llegaron los demás españoles y otros muchos de los amigos, á los cuales entregó la fortaleza y el pueblo, y rogó que no hiciesen mal á los vecinos, y que dejasen ir libres, mas sin armas ni banderas, á los soldados que lo guardaban, y fué cosa nueva para los indios. Ellos lo hicieron así, y él volvióse á la mar por el camino que fué. Con este hecho y victoria, que fué la primera que Cortés hubo de la gente de Moteczuma, quedó aquella serranía libre del miedo y vejaciones de los de Méjico, y los nuestros en grandísima fama y reputacion para con amigos y no amigos. Tanto, que después, cuando algo se les ofrescía, enviaban á pedir á Cortés un español de aquellos de su compañía, diciendo que aquel solo bastaba para capitán y seguridad. No era malo este principio para lo que Cortés pretendia. Cuando Cortés llegó á la Veracruz, muy ufanos los suyos por aquella victoria, halló que era ya venido Francisco de Salceda, con la carabela que él había comprado á Alonso Caballero, vecino de Santiago de Cuba, y que la había dejado dando carena; el cual traía

